

## **Homilía a modo de pregón en NAVIDAD** *(Inspirado en las calendas del martirologio romano)*

Entzun, anai-arreba maiteak  
aditu berri on hau.

¡Escuchad hermanos, esta gran noticia!  
Escuchadla con los oídos abiertos y el corazón ardiente.  
Hoy, en toda la tierra, se proclama una gran alegría para todo el pueblo.

Habían pasado millones de años  
desde que, al principio,  
Dios creó el cielo y la tierra.

Miles y miles de años, desde que Dios quiso  
que apareciera el hombre en el mundo,  
y decidió acompañarlo en su historia peregrina.

En este largo camino, entre luces y sombras,  
acompañó primero a Abraham, padre de los creyentes,  
quien obedeciendo la llamada de Dios se puso “en salida”  
y creó en torno a sí el pueblo de la promesa, el pueblo elegido.

Sí, el pueblo de la Alianza que caminó más tarde  
guiado por Moisés hacia la tierra prometida.  
Un pueblo audaz y pecador a un tiempo  
por el que pasaron después Reyes y profetas  
que anunciaron la llegada de un salvador.

Miles de años pasaron hasta que, finalmente,  
durante la olimpiada 94,  
en el año 752 de la fundación de Roma,  
algo maravilloso sucedió.  
Era el cuadragésimo segundo año del reinado del emperador Augusto,  
hace ya 2024 años,  
cuando en Belén de Judá, pueblo humilde de Israel,  
ocupado entonces por los romanos,  
en un pesebre, porque no tenía sitio en la posada,  
de María virgen, esposa de José,  
de la casa y familia de David,  
nació, en medio de la noche, ¡oh Dios! Tu palabra.  
Sí, nació el Amor, el Emmanuel, el Dios-con-nosotros,  
Jesús, llamado el Mesías, el Cristo,  
el Salvador que estábamos esperando.

En él reconocemos la Palabra que ilumina a todo hombre;  
por Él fueron creadas todas las cosas.  
Él, que es el camino, la verdad y la vida,  
quiso hacerse pequeño y acampar entre nosotros.

Los que creemos en él,  
herederos de la promesa,  
nos hemos reunido hoy aquí para celebrar un año más la Navidad,  
en medio de nuestras tinieblas y nuestro pecado,  
para acoger su Misericordia y celebrar con alegría  
y sencillez esta bendita fiesta.

Dos mil veinticuatro años después, en la catedral del Buen pastor,  
en esta pequeña diócesis de San Sebastián,  
como aquellos pastores de Belén,  
los menesterosos, los frágiles, los sedientos,  
los que todavía somos capaces de soñar,  
los que buscamos y necesitamos a Dios,  
reconocemos en este niño envuelto en pañales  
la Palabra de Dios que ha venido a nosotros,  
la gran Señal del cielo.

Proclamemos la noticia y celebremos que Dios  
vuelve a ponerse en nuestras pobres y humildes manos,  
Celebremos con alegría que vuelve a acercarse a nosotros,  
confiándose una vez más a nuestra fragilidad y capacidad de acogerlo.  
Que reine la paz en toda la tierra.  
Que reine la bondad, la justicia y el Amor.  
Que no nos olvidemos nunca de los que no tienen Esperanza,  
de los que no tienen qué celebrar, de los más pobres y necesitados.

Ayer comenzó el jubileo universal con la apertura en Roma de la puerta Santa  
Nos convertimos todos en peregrinos de la Esperanza.  
Pronto abriremos las puertas de nuestra puerta santa en la Catedral  
y celebraremos nuestro peculiar Año Santo Jubilar  
en el que recordaremos que hace 75 años, fue constituida  
nuestra joven diócesis de San Sebastián.

Todo un año por delante, para vivir un jubileo de renovación  
que afrontamos con una mente abierta y un corazón confiado.  
El emmanuel, el Dios con nosotros, nos acompaña, como lo ha hecho siempre,  
según su promesa: yo estoy con vosotros, todos los días, hasta el fin del mundo.

Os deseo una Feliz y Santa Navidad, queridos hermanos y hermanas.  
Que el Señor os bendiga a todos y cada uno.  
Que bendiga a todas vuestras familias y os conceda todas las gracias.  
En el recuerdo de los que ya no están entre nosotros,  
también les recordamos y oramos por ellos y con ellos en este día de Navidad.